

Sobre el carácter nacional

Cultura (y) política en Venezuela

Luis Ricardo Dávila

*A Germán Carrera Damas, maestro y amigo,
en retribución a su dedicación y claridad
para entender y hacer entender lo que somos.*

EL PROBLEMA

Si existe en el presente nacional una preocupación compartida, es la de la crisis del carácter nacional. Por un momento se pudo imaginar que los acontecimientos políticos de fines de 1998 anunciaban una nueva era. Pero el desencanto no tardó en llegar. Más que la imagen de la unión en torno a un nuevo paradigma de cultura política, lo que se impuso es la de una nueva división. El sentimiento actual de una crisis generalizada reside en la incertidumbre sobre el porvenir, un porvenir donde todo parece posible. Se trata de una alternativa radical. O bien la crisis de nuestros días señala un comienzo, o bien anuncia una pérdida definitiva de nuestro carácter nacional, de los criterios del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, de lo real y lo posible, de lo verdadero y lo falso: se abre un abismo en nuestro ser histórico. La actual crisis no significa el fin de una tradición, sino el fin de toda tradición. En este sentido, quisiera insistir en la referencia al carácter nacional vinculado con los conceptos de cultura y política. Lo que quiero en las páginas que siguen es apuntar algunos elementos del carácter nacional, en relación con su componente político que hasta cierto punto ha sobre-determinado nuestra cultura como nación. Este tema —el del carácter nacional— se convierte inmediatamente en problema cuando se quiere abordar desde una perspec-

tiva política. En efecto, aunque el tema en cuestión está lejos de ser novedoso en el pensamiento venezolano, por el contrario estuvo bien trillado a lo largo del siglo XIX, su tratamiento en nuestros ruidosos días podría ser de interés para descifrar ciertas incógnitas.

Quisiera, entonces, tratar las relaciones entre cultura y política y el papel que tienen estas relaciones en la formación de la nación venezolana, de su sistema republicano democrático y de nuestro propio ser histórico. Es decir, quisiera referirme a la formación de aquel conjunto de factores que desde la cultura y la política explican nuestra forma de entender y hacer el mundo. Materia en la que muchas cosas esperan por ser aclaradas.

¿Cómo se supone que se constituyó la nación venezolana?, ¿qué significa ser venezolano?, ¿qué elementos conforman el carácter nacional? Con estas preguntas, coloco el tema específico de mi interés: explorar aquellos factores que han permitido amalgamar históricamente un conjunto de comportamientos, de representaciones, de instituciones, de creencias, de ritos que caracterizan al venezolano y, en consecuencia, a esa «nación llamada Venezuela»¹. Es claro que esa construcción del carácter nacional, de esa suerte de ser nacional, tiene que ver con una historia unificadora, con una lengua y religión de enlace, con usos y costumbres característicos, con una cierta manera de instalarse en el mundo, de apropiarse de él y de aprehenderlo, pero también se relaciona —y no en menor medida— con el clima, la geografía y la naturaleza². Tiene que ver con la construcción de una visión integral que condiciona actitudes, imágenes y conductas. Tiene que ver con el imaginario colectivo, es decir, con aquella construcción simbólica mediante la cual la comunidad se define e interpreta a sí misma.

Y en este punto el papel de la cultura en los asuntos humanos resulta hartamente interesante y no menos complejo. Y, como siempre ocurre con lo complejo, no hay un consenso al respecto. Por una parte, hay quienes piensan que la cultura, y no la política, determina el éxito de una sociedad. Como corolario de esta premisa se han elaborado fórmulas tales como «*El subdesarrollo es un estado mental*»³, «*la cultura importa más de lo que se cree*»⁴. Así las cosas, aparecen los factores culturales-subjetivos para explicar procesos tales como la modernización, la democratización política, el progreso económico y social; en fin, el progreso humano entendido como el movimiento hacia el desarrollo económico y material de la sociedad, la equidad socioeconómica y la democracia política. Pero, esta premisa no es única. Frente a ésta, puede oponerse otra que ve la política como la posibilidad de moldear la cultura y, más aún, insistiendo que sólo desde la política es posible el progreso cultural.

A partir de allí, dos interrogantes servirán de fundamento a mi indagación: ¿Hasta qué punto los factores culturales son capaces de dar forma al

desarrollo político y económico? Y si esto fuese cierto, ¿cómo pueden los obstáculos culturales al desarrollo económico y político ser removidos o transformados para facilitar el anhelado progreso social? Cuestiones, de paso sea dicho, muy pertinentes para pensar lo que ocurre actualmente en Venezuela. Pero no interesa tanto, a los fines de este artículo, lo que ocurre hoy día en la república, como pensar su situación en términos históricos. A fin de cuentas, los problemas que nos inquietan en el presente no son sino su proyección en el pasado, por aquello de que el hoy no es más que una gota del ayer. «*El hombre sólo se conoce viéndose en la historia*», señalaba Dilthey.

LAS ARISTAS DEL TÉRMINO CULTURA

Antes de seguir adelante, no están demás unas precisiones sobre el término cultura. No procederé del modo más fácil y expedito, repitiendo las elementalés e imprecisas definiciones de cultura. Tampoco procederé recitando el trabalengua de Harriot según el cual: «*La cultura es lo que queda cuando todo se ha olvidado, y lo que falta cuando todo se ha aprendido*». La cultura es algo profundo y central, nunca marginal. El término tiene, por supuesto, múltiples sentidos en diferentes disciplinas y según diferentes contextos. Quisiera diferenciar el uso que haré del término de aquellas referencias que lo identifican con productos intelectuales, musicales, artísticos, literarios y hasta gastronómicos o enológicos. Este uso es de carácter restringido, y se refiere a lo que se conoce como «*la alta cultura*» (la «*high culture*» anglosajona).

Las actividades que envuelve la cultura son mucho más densas, y por lo general se refieren a todo un universo simbólico, a toda una forma de vida de una sociedad. En el sentido acá utilizado, la cultura se refiere a valores, prácticas, símbolos, instituciones y relaciones humanas que modelan la forma de ser, de actuar y hasta de sentir, comprender y mirar de una comunidad. La cultura abarca entonces elementos tanto subjetivos (conciencia, valores, actitudes, creencias, orientaciones) que disciplinan el propio YO, como objetivos (contextos históricos, políticos, sociales, geografía, instituciones, relaciones de poder) que conquistan una conciencia superior. Si el ser humano es la criatura que produce sentido, a través de su experiencia, interpretación, contemplación e imaginación, entonces no puede vivir en el mundo fuera de esta producción de sentido. Esto se refleja en un campo intelectual formado por: ideas, significados, información, comprensión, inteligencia, sensibilidad, fantasía, aprendizaje, opinión, conocimiento, creencia, mitos, tradiciones, etc. Y es de estos componentes, precisamente, que se nutre la cultura. La cultura no podrá ser, en consecuencia, sino colectiva.

La cultura, en esta doble interrelación, se convierte en el sentido que la gente crea, en la producción social de sentido la cual al mismo tiempo crea

a la gente en tanto miembros de una sociedad. ¿Cómo entender lo que es Venezuela en cuanto devenir histórico, cómo explicar quiénes somos, cómo nos constituimos como pueblo y como proyecto, sino a través de aquellas manifestaciones culturales que han fraguado la nacionalidad venezolana, aquel carácter nacional que referíamos anteriormente? Y esto, más allá de las rivalidades políticas, de los conflictos sociales, de los atavismos históricos, constituye lo que con hermosas palabras Picón-Salas consideraba:

«La herencia moral de nuestro país; lo que todavía hoy puede actualizarse; lo que no es sólo erudicción muerta ni ornamento descolorido sino vida bulliente, arte lozano, *esperanza y destino de nuestro pueblo*».⁵

Con todas estas cosas puestas por delante, trataré de esbozar algunos rasgos del llamado carácter nacional venezolano definidos y fijados desde la política, que han pasado a formar parte sustancial de nuestra cultura como pueblo y como nación.

MEMORIA COLONIAL Y FRAGILIDAD INSTITUCIONAL

La justificación y demás necesidades ideológicas propias a la ruptura del orden colonial durante el movimiento independentista, se constituyeron como obstáculos insalvables a la propia comprensión de nuestro ser social. La acción de los criollos fue, en palabras de Germán Carrera Damas, una «auténtica proeza ideológica». Con gran destreza discursiva lograron montar su propia trampa ideológica que ha mantenido cautiva a la cultura nacional desde el punto de vista de la comprensión de su pasado histórico, en especial de su pasado colonial. Los criollos aparte de artífices de la independencia se consagraron a sí mismos como los únicos creadores de la patria y forjadores de la nación venezolana⁶, negando trescientos largos años de desarrollo cultural e institucional colonial. Y en esta negación consistió la trampa ideológica maniquea y simplista, de enormes consecuencias para la formación del carácter nacional. Expresiones lapidarias, como ésta de Simón Bolívar, elaboradas al calor del Congreso de Angostura de 1819, hablan por sí solas: «*La atroz e impla esclavitud cubría con su negro manto la tierra de Venezuela (...) los que antes eran enemigos de una Madrastra, ya son defensores de una Patria (...) en nuestras venas no corre la sangre, sino el mal mezclado con el terror y el miedo*»⁷.

Por supuesto, estos términos no hacen más que reflejar la necesidad de romper discursivamente los vínculos con España a través de una doble operación: 1- Reforzar entre la población la creencia en las bondades del intento independentista; y 2- Ocultar las debilidades —e incluso las inconsecuencias— de los ideales de la Independencia. Entonces el carácter y la conciencia

nacional venezolana en lugar de afirmar sus rasgos propios, a partir de la experiencia colonial, en una solución de continuidad siempre ha tenido que definirse históricamente en términos diferenciadores, en términos de ruptura con su matriz cultural original. De allí una cierta fragilidad institucional que nos caracteriza como nación.

Tan lamentable cuadro le ha dado validez a la tesis de que en la república se crearon condiciones para la barbarie. Gobernada por «*soldados de fortuna*» y «*doctores de alquiler*», según felices expresiones utilizadas en el siglo XIX, en Venezuela se intentó hacer desaparecer hasta el último rastro de la refinada cultura de las postrimerías de la Colonia y los albores de la Independencia. La pasión de las luchas políticas, acaso hizo olvidar a los criollos, considerados por el lenguaje lírico de la época como la «*élite mental, la flor del porvenir inmediato*» (Baralt), que una cultura no aparece por generación espontánea, ni desaparece de la noche a la mañana, cualesquiera que sean las circunstancias. A pesar de la herencia de libertad civil y política, también legaron los criollos esa cultura de considerar un lastre todo lo colonial. En lugar de adecuar nuestras libertades a cuanto habíamos aprendido y sido durante la dominación monárquica, se negó esa «*unidad espiritual originaria*» (la expresión es de Picón-Salas) que fue la Colonia. Esta no fue un pasado inerte, como lo quisieron hacer ver con éxito los Libertadores, sino un legado susceptible de convertirse en conciencia activa, en síntesis del ser nacional.

Para decir lo menos, a la tradición colonial se le quiso desaparecer para siempre el día mismo en que fueron proclamados los derechos de los venezolanos por aquellos «*criollos indolentes y engreídos*». Como lo apunta Julio César Salas, para los pardos, los negros y los indios:

«(...) la Monarquía española era venerada institución que consagraba la ignorancia y sostenía el hábito, por estar estereotipada en sus cerebros con letras de sangre»⁸

Vallenilla Lanz añadirá en 1930, en el mismo sentido: «*Y del mismo modo que los hombres, surgieron también las instituciones: del régimen despótico de la Colonia pasamos sin evolución a la República democrático-federativa*». Todo lo que Venezuela habría de ser ya está prefigurado en ese desconocimiento de la matriz cultural colonial, en ese andar a saltos sin evolución creadora. Los personajes y los hechos de la época presagian lo que vendrá: caudillos, instituciones efímeras, cuartelazos, guerras civiles, dictaduras, el reinado de los demagogos, dictaduras sangrientas unas, bufonescas otras. No parece vano recordar que durante los últimos días coloniales la cultura no dejó de florecer y desarrollarse. Esa magnífica cultura que se inicia con el llamado «*milagro musical*» venezolano de la última parte del siglo XVIII, no

se detiene con la ruptura del orden colonial, tampoco parece en los campos de batalla de las contiendas armadas. Por el contrario, la historia demuestra que sigue corriendo cual poderosa fuerza subterránea, nutriéndose silenciosamente del nuevo drama histórico-político. Y testimonio de esto es el quehacer intelectual venezolano durante el siglo XIX: desde la literatura a las matemáticas, de la ingeniería a las bellas artes, de la medicina a la oratoria profana y sagrada⁹.

Baralt, al analizar el carácter nacional en 1841, veía en las costumbres venezolanas una identidad con las de España en las clases principales de la sociedad y la falta total de recuerdos comunes. Lo que convertía a Venezuela «en un gran pueblo sin tradiciones, sin vínculos filiales, sin apego a sus mayores, obediente sólo por hábito e impotencia». En cuanto a los criollos, escribía Baralt: «apenas se acordaban de su origen».¹⁰

HORROR POR EL PASADO

De lo anterior se deriva una consecuencia de la mayor importancia: la manipulación del pasado histórico y su escasa valoración. Junto a la fragilidad institucional siempre nos ha acompañado una fragilidad histórica. Si apenas nos acordábamos de nuestro origen, las consecuencias no se harían esperar. Atinadamente señalaba Vallenilla Lanz: «Jamás el pasado tuvo significación alguna. Cada nueva etapa de la evolución nacional no fue sino una solución de continuidad»¹¹. Arturo Uslar Pietri escribirá, en términos más enérgicos, «Si carecemos de una visión del pasado, suficiente para mirar nuestro ser nacional en toda su compleja extensión y hechura, carecemos de historia en los dos sentidos: de historia como explicación del pasado y de historia como empresa de creación del futuro en el presente»¹². Briceño Iragorry, por su parte, inscribirá el problema histórico del país en el contexto de su «crisis de pueblo», insistiendo en que «Venezuela, pese a su historia portentosa, resulta desde ciertos ángulos un pueblo antihistórico, por cuanto nuestra gente no ha logrado asimilar su propia historia en forma tal que pueda hablarse de vivencias nacionales, uniformes y creadoras, que nos ayuden en la obra de incorporar a nuestro acervo fundamental nuevos valores de cultura, cuyos contenidos y formas, por corresponder a grupos disímiles del nuestro, puedan (...) adular el genio nacional».¹³

Desde estas perspectivas, puede verse que el sentimiento y la idea de lo nacional fue ayer, lo es todavía y acaso siempre lo será una herida abierta en la cultura política de la sociedad venezolana. Herida que problematiza de manera particular la conciencia nacional y la identidad del venezolano; herida, en fin, porque «está desfigurada la imagen que recibimos y transmitimos de nuestro ser histórico»¹⁴. Alejados de una lógica viva que persiga en nosotros mismos, en nuestro propio pasado nacional, la sustancia moral de nues-

tro ser social, nos caracteriza una debilidad de perfiles identitarios, que nos ha impedido llegar —en la interpretación de Briceño Irigorry— «a la definición de 'pueblo histórico' que se necesita para la fragua de la nacionalidad» (Ibidem, p. 476). Conciencia nacional e identidad del venezolano se pierden entre lo contradictorio y lo confuso. Ambas coordenadas definen las insuficiencias de la nación. Siguiendo a Picón-Salas, podría señalarse que lo que nos caracteriza es una cultura hecha de «impresiones y retazos no soldados y flotantes» y que extravían más que dirigen al «alma venezolana en la búsqueda y comprensión de sus propios fines»¹⁵.

Los acontecimientos, y el giro dado a los mismos por los discursos dominantes a lo largo del siglo XIX, obligaron a pensarnos según los cánones de una «historia patria»¹⁶ que no buscaban otra cosa que la proyección de los esfuerzos iniciados en 1810-1811, para justificar la emancipación del imperio español de Indias. Esfuerzos influidos en buena parte por el natural y drástico antihispanismo reinante como secuela del impulso independentista y del restablecimiento de la estructura de poder interna por parte de aquella élite criolla o americana. Esa historia patria impuso simbólicamente la imagen de una cierta unidad nacional que informaría los inicios de la nación venezolana: eramos nacionales sin saberlo. Pero ya con la república «oligarca y censitaria» de 1830, comenzó a vivirse una gran desilusión: guerras más o menos civiles de una violencia impactante, se acompañaron del acoso de una disgregación implacable a lo largo del siglo XIX. Se nos impulsó, entonces, a suponer la unidad nacional como fórmula lógica de salvaguardar la cultura política republicana y la conformación de un Estado liberal, como manera de arrancar definitivamente a la república de las garras del caos y la anarquía caudillista. A justificar esto contribuyó notablemente el esfuerzo de la historiografía venezolana de aquel siglo y del siguiente¹⁷. Estas son las condiciones que posibilitan la producción de la historia patria que condujo a una acomodaticia y simplista visión según la cual la independencia era un valor en sí misma¹⁸. Y, lo que es más grave, el discurso oficial supuso una unidad nacional inexistente. La lucidez de Vallenilla Lanz colocó en 1930 la cuestión en estos términos:

«Obsérvese (...) que cada generación, cada partido, cada revolución no abrigó nunca otro propósito sino el de destruir para crear (...) volver a la nada, en la fe absoluta de que era fácil tarea hacer una nueva República, crear otra alma nacional, otro carácter nacional, hacer otro pueblo, de acuerdo con sus doctrinas idealistas».

EL EXCESO DE HEROISMO

De lo dicho hasta ahora, en la perspectiva histórica que hemos utilizado, precisemos que es en torno a los dominios de la Metrópoli que se comenzó a gestar el carácter nacional venezolano, es decir, se observa allí una cierta condición primaria y peculiar del ser venezolano. Impulso inicial desconocido o minimizado posteriormente por razones ideológicas y políticas. La nación en cuanto estructura, como entidad política y cultural, como búsqueda de identidad y existencia unitaria vendría luego. Entre otros contenidos, la idea de nación exige una suerte de creencia, de sentimiento, de sentido de pertenencia a un conglomerado más general y a un cierto proceso heroico. Esta exigencia la aportaría nuestro culto a los héroes, la presencia de un exceso de heroísmo en nuestra personalidad colectiva. Expresiones tales como: «Somos porque fuimos», «seremos porque hemos sido», «haremos porque hemos hecho» no hacen sino remitirnos a aquel *Bolívar, miserere nobis* con que los venezolanos intentamos conjurar todo fracaso y abrir el porvenir. Pero estos nuevos sentidos no surgen de repente. Surgen del proceso histórico y de su construcción discursiva ideologizante que proyecta complejos dispositivos de poder (instituciones, leyes, rituales, posturas éticas, narraciones históricas) con posición estratégica dominante: afectan el orden simbólico de la sociedad, construyen el «yo» y el «nosotros», dan la pauta ideológica legitimadora de una cierta estructura de poder. Más aún, en la visión de Ramón Díaz Sánchez ese sentido heroico, ese exceso de heroísmo en la cultura política nacional: «es la obra de un traumatismo, de una creciente reacción que se origina en el sentimiento y que tiene por causa el quebrantamiento de la justicia»¹⁹. Traumatismo que se tradujo, en términos del tiempo histórico, en una guerra de emancipación larga, cruenta y costosa, no tanto en términos materiales como espirituales y éticos, seguido de un dificultoso proceso de consolidación política y social como nación. Con razón señalaba conclusivamente Briceño Iragorri:

«Se rinde 'culto' a los hombres que forjaron la nacionalidad independiente, pero un culto que se da la mano con lo sentimental más que con lo reflexivo».

En todo ese proceso de carácter inequívocamente sentimental es necesario destacar un aspecto, que para el caso de Venezuela, es de suma importancia: las percepciones de la conciencia nacional en relación a su memoria histórica. En términos de la conformación de un sentido histórico colectivo, éste se revela deformado por la influencia de la historia patria, como ya se señaló. Pero en definitiva, la conciencia histórica patriota que sirve de base para el desarrollo del carácter nacional y, por ende, de la cultura políti-

ca, al sobrevivir exageradamente y proyectarse en el tiempo, no sólo obstaculizó la comprensión del proceso de formación de las identidades nacionales, sino que también se convirtió en fuente de pensamiento esquemático y deformado, amén de su función de bálsamo adormecedor del pueblo: «*El pueblo, fascinado por la gloria de los héroes, siguió la lección que le dictaban los generales, y terminó por perder la vocación de resistir*»²⁰, añadirá Briceño Irigaray. También fue señalado por Uslar Pietri —con metáforas angustiosas que no convocan sino a la reflexión— que la historia de Venezuela es «*una historia caprichosamente organizada en torno a una perspectiva arbitraria, con un borroso arranque, una culminación breve y fulgurante y una interminable decadencia*»²¹.

A estas alturas de nuestra argumentación, ciertamente algunos cabos pueden ser ya atados. En la cultura política venezolana estamos en presencia de un Estado fundador de la nación, de un borrón y cuenta nueva institucional para que todo se refundase de nuevo, de una ideologización de la memoria histórica, para justificar la estructura de poder republicana, de la prevalencia de un sentimiento heroico que llega a preceder la propia existencia nacional. Las consecuencias de semejante lógica para la formación del carácter nacional en Venezuela se expresan en una cadena de rasgos del mayor interés, expuesta magistralmente por Augusto Mijares en el párrafo siguiente: «*Si la independencia fue una improvisación sin base histórica, si los Libertadores triunfaron gracias solamente a su valor y constancia, pero no por el arraigo colectivo de la idea que representaban, si llegamos a ser Estado desde el punto de vista formal sin haber adquirido todavía una conciencia política y nacionalista como fundamento y justificación de esa soberanía, todos los elementos de nuestra vida cívica vinculados a la independencia (...) quedan igualmente en el aire, como fruto de un azar afortunado, como construcciones levantadas solamente por el entusiasmo o la imitación (...) siempre vacilantes al igual de un edificio sin cimientos*»²².

LA TENDENCIA AUTORITARIA, EL GENDARME NECESARIO

Los peligros ya se presagiaban desde 1819: o se fortalece la estructura de la sociedad, vía la educación, por ejemplo, para ni siquiera referir el tema racial, o contaremos con una sociedad díscola, tumultuaria y anárquica, cual edificio sin cimientos. Y esa fue la realidad durante el siglo XIX venezolano. Primero los hechos, luego los hombres. Las cosas no siempre son como los ideólogos quisieran que fueran, sino como los hechos las definen.

La necesidad de conseguir para la nación venezolana el orden y la estabilidad, requeridos para afianzar su proceso de integración, fue tema compartido por la *intelligentsia* nacional de la última década del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Bajo el influjo del positivismo se buscaba explicar

por vía de la interpretación sociológica e histórica, y no sólo por la interesada conveniencia política, la persistencia de la anarquía y la autocracia en nuestro medio²³. Al debatirse la sociedad venezolana, desde el proceso independentista, entre la disgregación y la integración, se buscaba una manera de afirmar el espíritu propio y, junto a ello, la unidad de la nación a través de la acción de un «*cirujano de hierro*», o de un «*civilizador formidable*», de un «*hegemón*» o de un «*buen tirano*» al estilo de aquel invocado por Maquiavelo y, posteriormente, por Renán (las metáforas son de Zumeta), o imponiendo en el país una forma de gobierno «*Ejecutivista y dictatorial*» (según Machado Hernández). Estas serían algunas de las posiciones discursivas creadoras de arquetipos nacionales tendientes a encontrar solución al secular problema de la disgregación y la anarquía.

A estas posiciones primarias, le haría el coro —desde 1902, año de la llamada Revolución Libertadora— quien llegó a ser el más conspicuo exponente del discurso del «*Gendarme Necesario*», Laureano Vallenilla Lanz. A pesar de que sus tesis al respecto fueron enunciadas sistemáticamente entre 1910 y 1919, desde 1902, con motivo de la «*Proclama*» revolucionaria del 5 de julio de ese año, comienza este pensador a elaborar las primeras reflexiones sobre el tema del Cesarismo Democrático²⁴, metáfora que no es más que la expresión teórica del Gendarme Necesario. Allí pueden leerse enunciados como el siguiente que informa sobre lo que vendrá:

«Cuando durante setenta años, hemos necesitado de hombres pensadores, de verdaderos ciudadanos capaces de comprender y resolver los problemas de nuestra vida nacional, las guerras civiles han arrojado a las alturas del poder a los hijos de la barbarie y del acaso que, apellidándose héroes y asumiendo descaradamente el título casi salvaje de caudillo, han perpetuado las desgracias de la Patria (...) De allí que en Venezuela nadie crea ya ni nadie busque en la proclamación de principios políticos la salvación de nuestra Patria», (Ibidem, p. XLVIII).

De manera, que así las cosas, las posibilidades de convertir a Venezuela en una verdadera nación mediante principios políticos se alejaban cada día más. El momento había llegado para interpretar la situación nacional a la luz de las nuevas teorías sociológicas e históricas. El problema no era tanto institucional como el de la llegada del providencial «*hombre del momento*»²⁵, un gobernante que creara las condiciones para acabar con la barbarie y la anarquía, un gobernante que supiera varias cosas: 1- Prever el mal social; 2- Tener las energías necesarias para conjurarlo; y 3- Poseer el tacto suficiente para unificar y utilizar las fuerzas vivas de la sociedad alcanzando un fin útil y permanente.

Lo que es interesante resaltar es que la idea no es nueva. La necesidad del gendarme necesario aparece desde que se discute la estructura de poder inherente a la naciente república. La idea se encuentra en el propio discurso fundacional. Ya en fecha tan temprana como 1815, Bolívar había formulado lo que sería un principio de gobierno fundamental:

«Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra»²⁶.

Y de verdad que los venezolanos tomaron bien en serio —consciente o inconscientemente— este principio. Pocos países han sido y son tan paternalistas como el nuestro. He aquí entonces el punto de partida del discurso del gendarme necesario que sirvió de bandera a las revoluciones, o de principio para producir alteraciones funestas del orden social, o de justificación de violentas soluciones de continuidad en la marcha regular que reclamaba la existencia como nación de Venezuela, siempre en la búsqueda de perfeccionar sus instituciones. Podría uno extrapolar, sin temor a la duda, que Bolívar fue quien primero encarnó el gendarme necesario, en la medida en que propuso el tutelaje del pueblo —camuflado con el giro discursivo que acabo de citar: «*menester de los cuidados de gobiernos paternales*». Estos cuidados se canalizarían, no obstante, a través de una estructura de poder centralizada y fuerte, tal como se propone en Angostura. Casi todos los gobernantes de la era republicana —en democracia o en dictadura— han querido ejercer esta suerte de autoridad tutelar. Disfrazados de ilusiones presuntuosas, de ideologías acomodaticias o de optimismos generosos, pero también hipócritas, desde Páez en adelante, la realidad los imponía. So pena de desaparecer en la ruina o en la anarquía, estos gobernantes irrumpían —aún hoy irrumpen— en la escena nacional con la preponderancia de ser el hombre necesario.

Pero faltaba otro componente del discurso del gendarme necesario que acendraría, que depuraría su sentido místico: el carácter del pueblo venezolano.

Bolívar está entre quienes primero piensan que el pueblo venezolano no está maduro para el goce de la libertad y el ejercicio de la Democracia. Algo que luego fue también comprobado por Páez, o por los Monagas, o por Guzmán Blanco. Y eso mismo dijo Castro y lo repitió Gómez, y lo dijo López Contreras y Medina Angarita. Y hasta el propio Betancourt lo dijo y hoy día lo siguen diciendo muchos. Pero, ¿qué sentido tendría hacer libre a un pueblo que no estaba en condiciones de serlo realmente?

Para tomar un sólo ejemplo, en el Discurso de Angostura (1819)²⁷ (texto bolivariano donde se revela un importante esfuerzo para exponer, en forma sistemática, su concepción de la sociedad venezolana y la forma de gobierno

que a esa sociedad conviene), en relación a la libertad, el bien más preciado de aquel momento, reconocía Bolívar las limitaciones del pueblo: «*La libertad es un alimento succulento... pero de difícil digestión. Nuestros débiles ciudadanos tendrán que enrobustecer su espíritu mucho antes que logren digerir el saludable nutritivo de la libertad*» (Párrafo 9). Sin embargo, nada más alejado del espíritu bolivariano que culpar de esta debilidad al pueblo *per se*. El culpable de esta limitación no era el pueblo venezolano, lo era el régimen colonial. El pueblo quedaba de esta manera inculpaado y simultáneamente exculpado del juicio bolivariano. Pero hay más, al hacer el diagnóstico del pueblo venezolano, Bolívar llega a la conclusión de que éste es un pueblo pervertido por el régimen colonial. Esto lo hace no apto para el ejercicio de la democracia y para el disfrute de la libertad. Sólo un instrumento era el apropiado para producir el cambio requerido en ese pueblo de formar conciencia ciudadana y nacional: la educación popular («*Moral y luces son los polos de una República; moral y luces son nuestras primeras necesidades*»).

Regenerar este pueblo implicaba dos cosas: la constitución de un Estado fuerte, sólidamente establecido, cuyo brazo práctico sería un Ejecutivo también fuerte y una cierta tutela regeneradora, vía la educación y la política, que habría de volverlo apto para el ejercicio de sus derechos. Páez no vio llegado ese momento; Guzmán tuvo la vanidad de decir en 1887 que había llegado el momento. Igual Gómez, y de allí en adelante todos quienes vinieron. En resumen, según Bolívar:

«Para formar un Gobierno estable se requiere la base de un espíritu nacional, que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales, moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública», (párrafo 48).

Y esto de formar «*un espíritu nacional*» será precisamente la tarea del gendarme necesario. Entonces, el primer enunciado del discurso inherente a este gendarme puede ser puesto en estos términos: Democracia suele terminar en lo contrario de sí misma: tiranía o dictadura. ¿Por qué razón? Los argumentos históricos se mueven en las más disímiles direcciones. Retengamos sólo dos: 1- La peculiar condición histórico-social del americano y por ende del venezolano. Se trata de una singularidad, singularidad que justifica su inadecuación para organizarse según las más variadas expresiones de la modernidad política (libertad, democracia, federalismo...); 2- El sujeto de esta democracia, siempre inalcanzable y siempre en peligro de terminar en lo contrario de sí misma, es el pueblo que tiende a actuar descarriadamente, porque existe en cuanto masa o plebe y no en cuanto conciencia ciudadana. ¿Dónde está el pueblo, don-

de están los republicanos, sujetos de las nuevas repúblicas?, se preguntaba Simón Rodríguez en 1829.

Afinemos nuestro final con la pregunta: ¿por qué la democracia en Venezuela suele terminar siempre en lo contrario de sí misma? Luego de ponderar elogiosamente la democracia (*«sólo la democracia (...) es susceptible de una absoluta libertad»*), Bolívar expresa su propia reserva acerca de su debilidad (insita *«Por lo mismo que ninguna forma de Gobierno es tan débil como la democrática, su estructura debe ser de la mayor solidez; y sus instituciones consultarse para la estabilidad. Si no es así, contemos con que se establece un ensayo de Gobierno, y no un sistema permanente: contemos con una sociedad discola, tumultuaria y anárquica y no con un establecimiento social, donde tengan su imperio la felicidad, la paz y la justicia»* (párrafo 43).

Las consecuencias de estos enunciados eran de gran alcance: el verdadero carácter de la democracia venezolana se construiría bajo la égida del predominio individual, por encima de la estructura institucional, predominio que supuestamente es depositario de la voluntad colectiva. La influencia del individuo se fundamenta en el querer de la gran mayoría popular tácita o explícitamente expresado. De allí que tanto personalismo, tanto predominio individual haya hecho pensar a algunos —con mucha razón— que somos pueblos más de biografía que de historia (Picón-Salas). Las consecuencias de tales premisas son interpretadas por Vallenilla Lanz en estos términos:

«Nuestros instintos absolutamente igualitarios, nuestro individualismo todavía indisciplinado, aventurero, irreductible y heroico, han hecho imposible el predominio de una casta, de una clase, de una oligarquía cualquiera que sea su origen (...) El César Democrático (...) es siempre el representante y el regulador de la soberanía popular» («Los Partidos...», p. 303).

Así planteado, el gendarme necesario, y su discurso justificador inherente, siempre han abonado en la cultura política venezolana las imágenes concernientes a las bondades de la dictadura, las bondades de los gobiernos fuertes en comparación con los vicios de la democracia, es decir, de los gobiernos débiles.

EPÍLOGO

Semejante discusión nunca ha dejado de estar encendida en el debate político nacional. Siempre han sobrado los nostálgicos de un pasado mejor: aquellos que creen que la dictadura de la pura fuerza²⁸, encarnada en un gendarme necesario, siempre ha arrojado más frutos a la nación que la democracia del puro voto que caracterizó nuestra cultura política desde los

días y las noches del trienio octubrista, pero sobre todo, desde aquel glorioso 23 de enero ahora tan vilipendiado por quienes acarician la idea de una dominación totalitaria de la vida nacional. Esta no es, sin duda, una situación sin precedentes en nuestra cultura política. Pero lo que es novedoso es el actual intento de construcción de un Estado totalitario, sostenido por una alianza cívico-militar, que parece ocupado en fabricar un sistema populista, paternalista y mesiánico sobre la base de la dislocación de la democracia representativa. Sin embargo, la sociedad venezolana permanece atenta porque ya es bien sabido que las ideologías totalitarias se reducen al final a la lógica de una idea que fuerza la convicción y encadena deducciones a partir de premisas falsas. La dominación de toda cultura política totalitaria va, en nuestros tiempos, a la par de la duda por la amenaza de una descomposición de la sociedad y del carácter nacional como tal. El discurso sobre este carácter se basa en desarrollos históricos y tendencias indiscutibles. Creo haberlo mostrado. No obstante, en nuestra existencia como nación, siempre nos han acompañado posturas singulares que pretenden elevarse por encima del tiempo y de la sociedad para apropiarse de las líneas que definen su rostro. En nuestra cultura política quienes fungen de líderes siempre se han dejado llevar por sueños mesiánicos y exterminios simbólicos. Pero desconfiemos de sus fantasmas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- ¹ Carrera Damas, Germán, *Una nación llamada Venezuela (Proceso socio-histórico de Venezuela, 1810-1974. Conferencias)*, Caracas, Monte Avila Editores, 4a edición, 1991 (1980).
- ² Estos parámetros están presentes en el lenguaje republicano fundacional: «*Las costumbres públicas o el conjunto de inclinaciones y usos que forman el carácter distintivo de un pueblo, no son hijas de la casualidad ni del capricho. Proceden del clima, de la situación geográfica, de la naturaleza de las producciones, de las leyes y de los gobiernos; ligándose de tal manera con estas diversas circunstancias que es el nudo que las une indisoluble*», Baralt, Rafael María, *Resumen de la Historia de Venezuela*, Brujas, Desclée et Brouwer, 1939 (1841), capítulo XXII, «Carácter nacional», p. 455.
- ³ Harrison, Lawrence, *Underdevelopment is a State of Mind*, Cambridge, Mass., 1985.
- ⁴ Harrison, L. y Huntington, Samuel, P., (eds.), *Culture Matters. How Values Shape Human Progress*, New York, Basic Books, 2000.
- ⁵ *Estudios de literatura venezolana*, Caracas-Madrid: EDIME, 1961 (1940), p. 11.
- ⁶ «Carrera Damas, G., «El criollo latinoamericano ante los demás y ante sí mismo. (Una perspectiva latinoamericana del problema de la identidad cultural)», en *De la dificultad de ser criollo*, Caracas, Grijalbo, 1993, p. 77.
- ⁷ Bolívar, S., «Discurso ante el Congreso de Angostura» (1819), en *Escritos Políticos* (selección e introducción de Graciela Soriano), Madrid, Alianza Editorial, 1969.
- ⁸ *Tierra Firme (Venezuela y Colombia). Estudios sobre etnología e historia*, Mérida, Universidad de Los Andes, 1971 (1908), p. 226. En torno a este punto, ver también Carrera Damas, op. cit.
- ⁹ Para una síntesis de esta magnífica evolución cultural, vease el *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*, Caracas, El Cojo, 1895.

- ¹⁰ Baralt, R. M., «Carácter nacional», en op. cit., pp. 457-458.
- ¹¹ «La evolución democrática», en *El Cojo Ilustrado*, año XIV, No 333, Caracas, 1 de noviembre de 1905.
- ¹² Uslar Pietri, A., «Una oración académica sobre el rescate del pasado», en *Del hacer y deshacer de Venezuela* (1962), en *Obras Selectas*, Caracas, EDIME, 1967, p. 1382.
- ¹³ *Mensaje sin destino. Ensayo sobre nuestra crisis de pueblo* (1951), incluido en *Obras Selectas*, Caracas, EDIME, 1966, p. 464.
- ¹⁴ Uslar Pietri, op. cit., p. 1382.
- ¹⁵ «Comprensión de Venezuela», incluido en *Obras Selectas*, Caracas, EDIME, 1953, p. 223.
- ¹⁶ «Complejo ideológico (...) que se condensa en un conjunto de cuestiones que todavía mantienen en un callejón esterilizante gran parte de la investigación histórica», Carrera Damas, G., *Una nación llamada...*, op. cit., p. 32.
- ¹⁷ Ver la monumental recopilación sobre el tema realizada en tres volúmenes por Germán Carrera Damas, *Historia de la historiografía venezolana (textos para su estudio)*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1985.
- ¹⁸ «(...) resolvió el problema de la continuidad y ruptura con lo hispánico mediante el 'juicio de Dios', es decir, la guerra de Independencia», Carrera Damas, Germán, «El criollo latinoamericano ante los demás y ante sí mismo...», op. cit., p. 73.
- ¹⁹ Díaz Sánchez, Ramón, «La independencia de Venezuela y sus perspectivas», estudio preliminar a la edición del *Libro de Actas del Supremo Congreso de Venezuela, 1811-1812*, tomo I, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1961, pp. 37-38.
- ²⁰ Briceño Irigorry, Mario, *Mensaje sin destino...*, op. cit., pp. 519-520.
- ²¹ Uslar Pietri, A., «Una oración académica...», op. cit., p. 1371.
- ²² Mijares, Augusto, *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana* (1938), tomo II de sus *Obras Completas*, Caracas, Monte Avila Editores, 1998, p. 201.
- ²³ Ver, por ejemplo, Zumeta, C., *El Continente enfermo*, Caracas, 1899; *Las potencias y la intervención en Hispanoamérica, 1899-1909*, Caracas, 1903; o del mismo autor *La ley del cabestro*, 1902. De igual manera, ver Machado Hernández, A., *Política sociológica hispanoamericana y en especial de Venezuela*, Caracas, 1907.
- ²⁴ Ver la edición de *Cesarismo democrático. Estudio sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela* preparada por el Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Santa María, Caracas, 1983. La obra se citará en lo sucesivo como *CD*.
- ²⁵ Vallenilla Lanz, «La Ley Boliviana», en *CD*, p. 263.
- ²⁶ «Carta de Jamaica», 1815, en *Escritos...*, op. cit, p. 76.
- ²⁷ *Ibidem*.
- ²⁸ Uso el término en el sentido dado por Castro Leiva, L., *El dilema octubre: 1945-1987*, Caracas, Cuadernos Lagoven, Serie Cuatro Repúblicas, 1988, p. 10.